

CIEN AÑOS DE SIMONE WEIL (1909-1943)

En 2009 celebramos los cien años del nacimiento de Simone Weil, una mujer singularísima que a nadie deja indiferente. Muy probablemente, esa admiración que despierta en la mayoría de las personas que a ella se acercan, pero también el rechazo que su personalidad aviva en otros, sean debidos a la integridad de una personalidad que viene a definirse por la coherencia: coherencia de vida, acuerdo verdadero entre lo pensado y lo vivido, anhelo casi afanoso de verdad, deseada en lo más íntimo, como un reto, como una meta que le será otorgada a todo aquel que la desee desde lo más hondo del ser.

Simone Weil nació en París el 3 de febrero de 1909. Su padre era médico, y su madre una mujer creativa, inteligente y de gran viveza; ambos de origen judío, pero ajenos a la práctica religiosa. Simone y su hermano André, tres años mayor, fueron educados en el más riguroso agnosticismo. André llegaría a ser un reconocido matemático, y su hermana menor sintió desde muy temprano admiración por aquella inteligencia excepcional. Los dos hermanos estaban muy unidos, como unida en el afecto estaría siempre la familia; a quienes les conocieron no se les podía escapar este aspecto, pues era algo que saltaba a la vista y llegaba a despertar verdadera admiración¹. El hogar de los Weil era un hogar entrañable y abierto, donde se admiraba la cultura y la apertura de espíritu, y se vivían realmente valores como la honradez o la nobleza de corazón.

Por las circunstancias de la guerra de 1914, la familia Weil emprendió una temporada itinerante. El doctor Weil fue movilizado como médico militar, y su familia habría de seguirlo por distintas regiones de Francia. Los estudios de los niños fueron particulares, debido a la guerra, pero también, en el caso de Simone, por una salud precaria. Esto último favoreció cierto aislamiento en ella y el que tuviera como modelo único a su hermano, que fue su mayor estímulo. Entre Simone y André reinaba una complicidad maravillosa que conllevaba incluso la invención de una jerga propia y estaba plagada de alusiones literarias, raras, desde luego, en niños de su edad. Todo un universo particular, en el que acaso permitían entrar a la madre. Fue André quien enseñó a leer a Simone. Madame Weil escribía lo siguiente sobre la educación de su hija: “Hago lo que creo mejor para animar en Simone, no las gracias de la chiquilla sino la rectitud del chico, aun cuando esto pudiera asemejarse a la brusquedad”².

Simone ingresó en el Liceo Fénelon en 1919. Tenía dos años menos que sus compañeras, pero eso no le impidió fundar una asociación con fines caritativos, “Los caballeros de la mesa redonda”. Entonces ya leía a Lamartine y los *Pensamientos* de Pascal. Con 14 años atravesó una profunda crisis personal que, en parte, tuvo que ver con la brillante carrera de su hermano, pues André era admitido en la *École Normale Supérieure* a los 16 años, con un permiso especial. Simone, como escribirá en su biografía espiritual, tras meses de “tinieblas interiores”, llegó al convencimiento de que “cualquier ser humano, aun cuando sus facultades naturales fuesen casi nulas, podía entrar en ese reino de la verdad reservado al genio, a condición tan sólo de desear la verdad y hacer un continuo esfuerzo de atención por alcanzarla”³. Esta certeza la liberó de una angustia profunda que la llevaría a pensar incluso en el suicidio. Y toda su vida tendría presente esta conclusión esencial de sus catorce años.

En 1924, aprende filosofía en el Liceo Victor-Duruy, de la mano de René Le Senne; aprobaba el *baccalauréat* de filosofía en 1925. Entre este año y 1928 sería alumna de Alain (Émile Chartier), en el Liceo Henry IV. Alain la marcó, qué duda cabe. “El ciudadano sólo puede salvarse por el pensamiento”, decía este pensador lleno de fe en el hombre y en el espíritu, convencido como estaba de que el hombre se conquista a sí mismo momento a momento, merced a su dimensión espiritual. Simone, en la misma línea de un maestro que no pretendía

¹ Simone Pétrement, *La vie de Simone Weil*, Fayard, 1997 (2ª), p. 16. Hay traducción en Trotta (Madrid, 1997)

² *Ibid.*, p. 50

³ Simone Weil, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid, 1993, p.39. Se trata de una carta autobiográfica dirigida al sacerdote dominico Joseph Marie Perrin, en 1942.

aportar novedades sino hacer entender lo que venían afirmando los pensadores de todos los tiempos, anota: “No comprender cosas nuevas, sino llegar, con paciencia, esfuerzo y método, a comprender las verdades evidentes, con todo el ser”⁴.

Por aquellos años, aunque discutía acaloradamente con sus compañeros sobre religión y política, Simone Weil dejaba de lado el tema de Dios: “En la adolescencia -escribirá en la citada carta autobiográfica- pensaba que carecíamos de los datos necesarios para resolver el problema de Dios y que la única forma segura de no resolverlo mal, lo que me parecía el peor de los males, era no plantearlo. Así que no me lo planteaba. No afirmaba ni negaba”.⁵

El compromiso social de Simone Weil despuntaba entonces mediante su participación en una suerte de universidad popular para ferroviarios, donde arrastró también a su hermano, en su militancia en la Liga de Derechos Humanos, en la que logró inscribir a sus padres, o a través de sus colaboraciones en la revista *Libres Propos*, fundada por Alain.

En otoño de 1928, ingresa en la *École Normale Supérieure*, sin abandonar del todo los cursos de Alain. Es el momento fuerte de sus compromisos social y antimilitarista, que le acarrearán problemas con la administración de la Escuela Normal.

Durante el verano de 1929, trabaja en el campo, en la región del Jura, con unos parientes. Ya había tenido otra experiencia de trabajo agrícola dos años antes, en la finca de los Letellier (Léon Letellier era agricultor y filósofo), en Normandía. Del mismo modo, en el verano de 1931 quiso conocer la vida de los pescadores de Réville (en La Mancha), donde estaba de vacaciones con sus padres; y se hacía al mar con los pescadores, igual de día que de noche, ante el asombro de muchos. Cuando el mal tiempo no dejaba faenar, Simone enseñaba aritmética y francés al guardián del faro, Marcel Lecarpentier, que fue quien la aceptó a bordo. Recordándola, escribirá estas palabras, años después: “Quería conocer nuestra miseria, quería emancipar al obrero... Una noche pasé miedo. En plena tempestad, ella no se quiso atar, y dijo: ‘Marcel, siempre he cumplido con mi deber y estoy preparada para morir’... Simone vigilaba el trabajo con cuentagotas, controlaba el precio del pescado, calculaba los lotes... Temía que yo pudiera explotar a los otros, y siempre me advertía de este peligro”⁶.

En 1930, Simone Weil comenzó a sufrir unos terribles dolores de cabeza que no la abandonarían nunca y que, debido a una firme voluntad de superación, no supusieron una traba importante para sus actividades.

El otoño de 1931, Simone Weil se estrenaba como profesora de filosofía en el Instituto de Le Puy. Emprende entonces una actividad sindical increíble, que alternará con sesiones agotadoras de enseñanza e instrucción fuera del instituto, dirigidas a los obreros y a los mineros de Saint-Étienne, entre los que fue un verdadero puntal como sindicalista, como asesora y como maestra. Ayudaba a los parados, y se comprometió sin ambages con la causa de los obreros, ante el desconcierto de la burguesía de aquella pequeña ciudad, que no podía concebir que una profesora del liceo femenino alentase protestas y encabezase manifestaciones. Su coherencia de vida empieza a ser llamativa, porque vivía con lo equivalente al subsidio del paro, y entregaba el resto del salario a la Caja de Parados. Y se negaba a encender la estufa porque creía -erróneamente- que los parados no podían calentarse. Pero a pesar de estas actitudes, en lo político, Weil miraba al comunismo con gran escepticismo; en esto, como en tantas otras cosas, mantuvo siempre una lucidez admirable.

Mujer de realidades, Simone Weil quiso comprobar por sí misma lo que estaba sucediendo en Alemania, y allí pasó el verano de 1932, con una familia obrera de Berlín. Este viaje se tradujo en ayuda a los refugiados alemanes y apoyo a las minorías comunistas de oposición; ayudas reales: su propia casa -la de sus padres-, su dinero, su testimonio personal (plasmado en escritos que arrojan luz sobre el tema)... Su actividad sindical y de análisis de la realidad le valieron elogios, como el de Boris Souvarine, quien dijo que Simone Weil era “el único

⁴ *Cahiers*, t.1, 1970, p. 277.

⁵ Simone Weil, *A la espera de Dios*, p. 38.

⁶ Gabriella Fiori, *Simone Weil. Une femme absolue*, éditions du Félin, París, 1993, p. 195.

cerebro que ha tenido el movimiento obrero en muchos años”⁷; pero también denuestos, más que alabanzas. El mismo Trotsky, quien se refirió a los “prejuicios pequeño-burgueses de lo más reaccionario” de Simone Weil, sería clandestinamente alojado en el apartamento que los Weil tenían en la misma casa donde habitaban, la noche de fin de año de 1933. Pero esta actividad política fue amortiguándose hasta desaparecer. Esto escribía, en 1934, a su amiga y biógrafa Simone Pétrement: “He decidido retirarme enteramente de todo tipo de política, salvo para la investigación teórica. Lo que no excluye para mí la eventual participación en un gran movimiento espontáneo de masas (como soldado raso), pero no quiero ninguna responsabilidad, por pequeña que sea, o incluso indirecta, porque estoy segura de que toda la sangre se verterá en vano y que estamos derrotados por adelantado”⁸

Entre 1931 y 1934, Simone Weil trabaja como profesora en Auxerre y en Roanne. Y durante el verano y el otoño de 1934 redacta sus *Reflexiones sobre las causas de la libertad y la opresión social*, que considera su “gran obra” y su legado. “La buena voluntad alumbrada de los hombres, cuando actúan como individuos, es el único principio posible de progreso social” -escribe en este trabajo-. Pues reaccionaba fuertemente ante la subordinación del individuo a la colectividad.

Tras este riguroso trabajo de pensamiento, Weil consiguió trabajar como obrera en la fábrica: pasó ocho meses en distintos puestos de trabajo, viviendo exclusivamente de lo que ganaba, sola, en una buhardilla maltrecha de un barrio obrero. Sus amigos y su hermano trataron de disuadirla de llevar una vida semejante, considerando su mala salud, pero para ella era demasiado importante vivir en cuerpo y alma lo que vive cualquier obrero. “¿Qué he ganado con esta experiencia?” -anotará en su diario- “el sentimiento de que no tengo ningún derecho a nada (atención de no perderlo). La capacidad de bastarme moralmente a mi misma, de vivir en este estado de humillación latente perpetua, sin sentirme humillada a mis propios ojos”⁹. En cualquier caso, la vivencia de la fábrica hizo que, en adelante, cualquier cosa, y sobre todo cualquier persona, le resultasen más esenciales, más grandes.

En septiembre de 1935, de viaje por el norte de España y Portugal, con sus padres, Simone Weil vive un primer contacto personal con el cristianismo. Fue en un lugar pobre, un pueblecito de la costa portuguesa. “Las mujeres de los pescadores -escribe- caminaban en procesión junto a las barcas; portaban cirios y entonaban cánticos, sin duda muy antiguos, de una tristeza desgarradora. Nada podía dar una idea de aquello...Allí tuve de repente la certeza de que el cristianismo era, por excelencia, la religión de los esclavos, de que los esclavos no podían dejar de adherirse a ella, y yo entre ellos”¹⁰.

Durante el verano de 1936, siguió con tanto interés el estallido de la guerra en España, que no pudo soportar la idea de quedarse en la retaguardia, y se plantó en Barcelona a primeros de agosto, seguida de cerca por unos padres angustiados. Hacia mediados de ese mes, la encontramos en el frente del Aragón, en Pina de Ebro (Zaragoza), con la “columna Durruti” de los anarquistas del POUM; pero un accidente la devolvería a Barcelona a los pocos días. En el hospital de Sitges, su padre se desvivió por curar la quemadura profunda de su pierna (se quemó con aceite hirviendo al pisar una sartén medio camuflada). El testimonio más hermoso que dejó Weil sobre nuestra guerra “incivil” -como la llamó Unamuno- se recoge en una carta que la autora dirigió al novelista George Bernanos, tras leer, en 1938, la novela de éste sobre la guerra de España *Los grandes cementerios bajo la luna*. Bernanos llevó consigo esta carta hasta el día de su muerte¹¹. Simone Weil ya no volvería a España.

⁷ Simone Pétrement, *La vie de Simone Weil*, op. cit., p. 257.

⁸ *Ibid.*, p. 291

⁹ Simone Weil, *La condition ouvrière, Oeuvres complètes*. vol. II, tomo 2, Gallimard, París, 1991, p. 253.

¹⁰ Simone Weil, *A la espera de Dios*, p. 40.

¹¹ La *Carta a Bernanos*, importante y poco destacada en este momento nuestro de exaltación de la memoria, ha sido por fin publicada en España, en los *Escritos históricos y políticos* (Trotta, Madrid, 2007)

Después de una cura en Suiza para combatir los terribles dolores de cabeza que sufría, en 1937, Simone viajó por Italia durante un par de meses, disfrutando de verdaderos alimentos estéticos y espirituales. En Asís, vivió otro encuentro con el cristianismo. Así lo relata al padre Perrin: “Allí, sola en la pequeña capilla románica del siglo XII, Santa Maria degli Angeli, incomparable maravilla de pureza, donde tan a menudo rezó san Francisco, algo más fuerte que yo me obligó, por primera vez en mi vida, a ponerme de rodillas”¹².

En el curso 37-38 comenzó a trabajar en Saint Quintín, una pequeña ciudad obrera cercana a París, pero tuvo que dejar el trabajo porque no cesaban sus violentos dolores de cabeza. La Semana Santa y la Pascua de 1938 las pasó, con su madre, en la abadía benedictina de San Pedro de Solesmes, donde quedó cautivada por la liturgia y la belleza del canto gregoriano. Esta vez, el encuentro que se opera en sus adentros no es tanto con el cristianismo como con el mismo Cristo. “[...] en el transcurso de estos oficios, el pensamiento de la Pasión de Cristo entró en mi de una vez y para siempre,”¹³. Allí adquirió también la idea de la virtud sobrenatural de los sacramentos, merced a un joven inglés que también pasaba allí unos días.

En mayo de 1938, Simone regresa a Italia con sus padres. Sus vivencias interiores la llevaron a leer textos religiosos de diversas tradiciones, lecturas que compaginaría con muchas otras. Su experiencia de vida interior se iba haciendo cada vez más intensa. Como contará después por carta al poeta Joë Bousquet, un día, mientras recitaba el poema *Love*, de Herbert (poeta inglés del siglo XVII), sintió presente a Cristo, de tal manera, que define aquella presencia como “más personal, más cierta, más real que la de un ser humano”¹⁴.

Con las nuevas anexiones de Hitler, Simone Weil abandona, en 1939, el pacifismo militante. La guerra sería pronto una realidad. Entre tanto, la pensadora se entusiasmó con la lectura de la *Bhagavad-Gita*, comenzó a escribir una obra de teatro que dejaría sin terminar (“Venecia salvada”), y formuló un proyecto de formación de un cuerpo de enfermeras que actuarían en primera línea de fuego para ayudar a los heridos en el frente. El 13 de junio de 1940, un día antes de que París fuese declarada ciudad abierta, los Weil salieron con lo puesto hacia Nevers. Tras dos pequeñas etapas en Vichy y en Toulouse, se instalarían en Marsella a mediados de septiembre. En esta ciudad, Simone emprende una actividad agotadora, como si cierta urgencia la apremiase: escribe en “Cahiers du Sud” y colabora con el grupo de “Témoignage chrétien”, vinculado a la resistencia; se desvive por los indochinos de un campo de refugiados próximo y les da su parte asignada en la cartilla de racionamiento, lee y escribe muchísimo... En Marsella redacta sus “Cuadernos”, que después publicaría Gustave Thibon, a modo de antología, bajo el epígrafe *La gravedad y la gracia*. En octubre de 1940, se promulga el Estatuto de los Judíos, que prohibía a éstos ejercer determinadas profesiones. Simone Weil escribió al Ministro de Instrucción Pública, explicándole que “si hay una tradición religiosa que miro como mi patrimonio, esa es la tradición católica. La tradición cristiana, francesa, helénica, es la mía; la tradición hebrea me resulta extraña...”¹⁵. No sirvió de nada.

A mediados de 1941, Weil conoce al dominico Joseph Marie Perrin, con quien emprende conversaciones sobre cuestiones religiosas, centradas en el catolicismo; florece una buena amistad entre ellos. El padre Perrin la pondrá en relación con el filósofo católico Gustave Thibon, en cuya propiedad se instalará Simone a primeros de agosto, en una casita ruinosa, para trabajar en el campo. Al principio, no fue fácil la convivencia con Thibon y su familia, pero pronto crecería una gran amistad entre los dos pensadores. Junto a Thibon aprendió el Padrenuestro en griego y experimentó por vez primera la alegría de la oración. “La virtud de esta práctica es extraordinaria y no deja de sorprenderme -escribía al p. Perrin-, pues aunque

¹² Simone Weil, *A la espera de Dios*, pp. 40-41.

¹³ Simone Weil, *Attente de Dieu*, Fayard, París, 1966, p. 43.

¹⁴ Simone Weil, *Lettre à Joë Bousquet*, en *Oeuvres*, Quarto, Gallimard, París, 1999, p. 797.

¹⁵ Simone Pétrement, *La vie de Simone Weil*, p. 528.

la llevo a cabo cada día, sobrepasa siempre lo que espero”.¹⁶ Thibon le facilitó la posibilidad de vendimiar en un pueblo vecino aquel otoño, y ella resistió el trabajo a base de voluntad y un singular esfuerzo. Gracias a Thibon conoció Simone las obras de San Juan de la Cruz, que tanto estimó al final de su vida.

Antes de dejar suelo francés, el 14 de mayo de 1942, Simone Weil escribió su “Autobiografía espiritual”, dirigida al padre Perrin, donde, entre otras muchas cosas hermosas e interesantes, escribía: “...he nacido, he crecido y he permanecido siempre en la inspiración cristiana”¹⁷. Se sentía cristiana, pero algo le impedía dar el paso definitivo para entrar en la Iglesia católica, ¿sería, acaso, su saberse en este mundo para acompañar a todos los seres desgraciados, y ese sentimiento que tenía de no poder pertenecer a nada determinado para así permanecer más cerca de los más desfavorecidos?

Tras diecisiete días en un campo de refugiados de Casablanca, Simone y sus padres embarcan con rumbo a Nueva York, el 7 de junio. Si Simone se resignó a dejar Francia en aquellas circunstancias de la guerra, fue por sus padres. André, que se encontraba en América, facilitó la salida de su familia. Pero nuestra autora vivió desesperadamente aquella partida. Le parecía estar traicionando a su patria. Y tenía intención de regresar cuanto antes, vía Inglaterra. No obstante, consciente de que debe realizar una tarea importante, de que porta en sí misma algo que no le pertenece y que ha de ofrecer a los demás, Simone trabaja comentando textos antiguos y escribiendo sus pensamientos más hondos. En Casablanca, sus padres velaban por reservar para ella una de las pocas sillas que había en el campo de refugiados, para que pudiera escribir; fueron siempre admirablemente atentos y respetuosos con su hija, como si conociesen la importancia del “tesoro” que ésta albergaba en los adentros...

Desde su llegada Nueva York, mueve los hilos precisos para ser enviada a Londres. Pero eso no le impidió interesarse por la situación de los negros, buscar información sobre el folklore, asistir cada domingo a una iglesia baptista de Harlem, o entrevistarse con Jacques Maritain, quien la remitió a un dominico para que conversara con él acerca de la fe. Insistía en su proyecto de fundar un grupo de enfermeras para asistir a los heridos en el frente, a pesar de que muchos lo consideraban una locura. Por fin, el 10 de noviembre deja los Estados Unidos y se embarca hacia Londres en un carguero sueco. La Dirección de Interior de *Francia Libre* la contrató como redactora para revisar proyectos y textos, con vistas a organizar la paz, una vez pasada la guerra. El fruto serán los *Escritos de Londres*, y un gran ensayo político, que ha sido traducido en nuestro país como *Echar raíces*. Al despedirse de sus padres, Simone les dijo: “Si tuviera varias vidas, os consagraría una, pero no tengo más que una”¹⁸.

Pero una vez en Londres, Weil no soportaba la idea de no estar en Francia, junto a quienes lo pasaban peor. Sin embargo, trabajaba, a veces de noche y de día, en el proyecto que le había sido encomendado, sin dejar de ocuparse de los que tenía al lado -por ejemplo, de los deberes escolares de los hijos de su patrona, que vivían en un barrio pobre de Londres-.

Desde que empezó la guerra, Simone Weil dormía en el suelo y no comía más de lo que suponía que comería un soldado en el frente. A mediados de abril, la encontraron inconsciente en su habitación y la llevaron al hospital Middlesex. Tenía tuberculosis. Allí volvió a leer la *Bagavad-Gita* en sánscrito, y escribía a sus padres como si todo fuese sobre ruedas, para no preocuparlos. A mediados de agosto, fue trasladada a un sanatorio del condado de Kent. Estaba encantada y serena en aquella habitación con vistas a la campiña inglesa, pero su debilidad era extrema. Su vida se apagó un 24 de agosto, a eso de las diez de la noche, mientras dormía. Tenía 34 años. La enterraron el día 30 en el *New Cemetery* de Ashford, en la zona reservada a los católicos. Acudieron siete personas al entierro. El sacerdote que esperaban no llegó a tiempo porque se confundió de tren.

Carmen Herrando

¹⁶ Simone Weil, *A la espera de Dios*, p. 43.

¹⁷ *Ibid.*, p. 38.

¹⁸ Simone Pétrement, *La vie de Simone Weil*, p. 642.

EL ARRAIGO. UNA SOLUCIÓN PARA EUROPA, SEGÚN SIMONE WEIL.

“Echar raíces”, así se ha traducido en español la obra inacabada de Simone Weil, a la que la autora consagró los últimos meses de su vida, cuando se encontraba en Londres, donde había llegado procedente de Nueva York. Simone Weil y sus padres tuvieron que abandonar la Francia ocupada por los alemanes, porque eran judíos. Pero el dolor de corazón que agobiaba a Simone en aquellas circunstancias en las que sentía que había traicionado a su patria al dejar allí a tantos compatriotas bajo el yugo nazi, la llevó a solicitar de los miembros de “Francia Libre” que encontró en los Estados Unidos su rápido regreso a Europa para estar más cerca de Francia y trabajar desde Londres por la liberación de su país y de toda Europa de aquel mal que la atenazaba. A punto de cumplir 34 años de edad, los últimos que cumpliría, pues habría de morir aquel mismo verano, Simone Weil recibe el encargo, por parte de la Resistencia francesa, de pensar y escribir sobre la Francia de mañana, sobre la Europa de después de la guerra, aquella guerra que produjo tantos horrores, y que algún día tendría que terminar. En Marsella, donde Simone pasaría la mayor parte de la contienda, ya había colaborado activamente con la Resistencia, a través, sobre todo, de la red clandestina de la revista *Témoignage chrétien* (Testimonio cristiano), y fue interrogada varias veces por la Gestapo como sospechosa de esta militancia que se imponía a sí misma, dada la urgencia - urgencia histórica- de la resistencia al nazismo.

Las reflexiones de *Echar raíces*, o para decirlo más brevemente, *el arraigo*, quieren ser la búsqueda de “un método para insuflar una inspiración a un pueblo”¹⁹, en un momento de extrema urgencia como es el de la realidad apabullante de una Europa aplastada por la bota del nazismo. Si Simone Weil había militado en movimientos pacifistas hasta poco antes del inicio de la guerra, cuando comprende que Hitler no titubea lo más mínimo en sus intenciones de dominar y someter Europa, su pacifismo se trueca en militancia en contra de la expansión nazi, y su arrojo llega hasta solicitar que la lancen en paracaídas desde suelo inglés hasta suelo francés, para combatir al lado de los suyos... Por supuesto, ningún miembro de la Resistencia se planteó dar curso a semejante locura. Aunque también concibió otro proyecto, inspirada esta vez en el método de Gandhi: el de fundar un cuerpo de enfermeras de primera línea de fuego, que habrían de trabajar en el mismo frente de guerra, para ofrecer así la compasión capaz de contrarrestar tanta barbarie.

En una Europa como la de hoy, ciertamente en decadencia, y que, como dice Benedicto XVI, está experimentando “una auténtica prueba de resistencia”²⁰ debido de manera muy principal al relativismo reinante -que no deja de ser, en el fondo, un dogmatismo, y un dogmatismo de los más rígidos-, las reflexiones de una mujer como Simone Weil, que profesó ante todo un verdadero amor por la verdad, pueden resultar luminosas o, cuando menos, sugerentes. Se tratará aquí de ofrecer algunas pinceladas de las que la autora nos brinda en este libro sobre el arraigo, que es, según Albert Camus, su primer editor, “un verdadero tratado de civilización”.

Simone Weil está convencida de que desear la verdad en el fondo del ser es un ejercicio fundamental para llegar a percibir, si no la verdad completa, sí aspectos sustanciales de la misma. Y la verdad, como ya revelaría Platón, está estrechamente ligada al bien y a la belleza, hasta el punto de que se trata de tres aspectos esenciales de la realidad. Simone Weil, fiel lectora de Platón, está persuadida de que la verdad no es sino contacto *real* con la realidad. Para ella, pues, es necesaria esta sed de verdad que, indudablemente, alberga en sí mismo cada ser humano, para llegar a saber de la realidad en la que cada persona está sumergida, la realidad en la que vive y donde se desarrolla su vida. Partiendo de estas consideraciones, este ensayo sobre el arraigo se basa en la estrecha relación que la autora

¹⁹ Simone Weil, *L'enracinement. Prélude à une déclaration des devoirs envers l'être humain*, Gallimard (Folio), Paris, 1993, p. 237.

²⁰ Joseph Ratzinger, *El cristianismo en la crisis de Europa*, Cristiandad, Madrid, 2006 (2ª), p. 29.

percibe entre la necesidad y el bien, es decir, entre lo que la realidad misma es y conlleva, y ese bien que, a su vez, equivale a lo verdadero y a lo bello, como valores supremos de la realidad en estado puro. No se trata sino de que el hombre se ponga frente a la realidad, con todo el ser, y la acoja con sinceridad sin tacha.

“Todo deseo real de un bien puro, a partir de cierto grado de intensidad, hace descender el bien correspondiente”²¹, afirma Simone Weil en las páginas de *L’enracinement* (“Echar raíces” o “el arraigo”), invitando a despertar en nosotros ese deseo del bien, el bien más puro, que, sin duda, habita en nosotros. Porque la autora está convencida de que esta relación íntima entre la necesidad y el bien forma parte de la estructura fundamental de la naturaleza humana. Y en la obra a la que se está haciendo referencia trata Simone Weil de dejar bien sentado que si es posible (y necesario) desarrollar de manera especial esta relación entre la necesidad y el bien en cada persona, y hacerlo, además, en las condiciones extremas de la guerra, que era su presente y su realidad inmediata, no puede serlo menos hacerlo extensivo a las condiciones sociales y a la política, que al fin y al cabo representan a escala social lo que cada hombre vive individualmente. Esta es la tesis de fondo que preside esta obra inacabada de Simone Weil.

Echar raíces o *L’enracinement* consta de tres partes. Sobre la primera, “las necesidades del alma”, se dio cuenta en el número 85 de *Acontecimiento*, donde se presentaban estas necesidades del alma, que son, además, obligaciones que cada hombre y cada sociedad tienen para con los demás seres humanos, hasta el punto de que, según la autora, sólo un régimen político que las tenga en cuenta puede ser apropiado para el pleno desarrollo humano de las personas que viven bajo su jurisdicción. Las otras dos partes se refieren al desarraigo (*déracinement*) y al arraigo (*enracinement*), respectivamente. El arraigo es también una necesidad del alma, tal vez la más importante y desconocida de ellas, a decir de nuestra autora, aunque no aparece como tal en la lista de necesidades del alma de la parte precedente. “Un ser humano -escribe Weil- tiene una raíz por su participación real, activa y natural, en la existencia de una colectividad que conserva vivos ciertos tesoros del pasado y ciertos presentimientos para el avenir”²²; consiste, así, el arraigo, en cultivar este *medio* vital para el hombre, que le sitúa en la atmósfera necesaria para vivir como la “planta celeste” que es, y cuyas raíces están, a la vez, en el cielo y sobre la tierra, como expresa Platón en el *Timeo* (90,a). Se trata, en realidad, como escribirá en otra parte la autora, de recrear y vivificar el pacto que cada hombre realiza entre sí mismo y sus condiciones personales de existencia²³, y que a su vez remite al pacto original del espíritu con el universo²⁴, al principio de la vida humana.

Muchas son las formas de desarraigo, y hay que velar para que no se produzcan, porque los males que acarrearán pueden resultar atroces: la conquista militar, como era el caso en 1943, en plena guerra, cuando la autora pone por escrito estos pensamientos; pero también la dominación económica, y de manera muy especial y particularmente destructiva el dinero, verdadero veneno propagador del desarraigo, que pudre de raíz todo lo que toca, pues trastrueca cualquier iniciativa humana en burdo deseo de poseer y ganar. Otro veneno que junto al dinero contribuye al mal del desarraigo es la instrucción de las masas sociales, que tal como lo analiza Simone Weil en su tiempo, consiste en “tomar esta cultura moderna, elaborada en un medio tan cerrado, tan viciado, tan indiferente a la verdad, quitarle cuanto puede contener de oro puro, operación que recibe el nombre de vulgarización, y meter lo que queda, tal cual, en la memoria de los desgraciados que desean aprender, igual que los pájaros

²¹ Simone Weil, *L’enracinement*, op. cit., p. 331.

²² *Ibíd.*, p. 61.

²³ Simone Weil, *Oeuvres complètes*, VI, 1, p. 211.

²⁴ Simone Weil, *Oeuvres complètes*, II, 2, p. 109. Son las últimas palabras de *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión* (Paidós, Barcelona, 1995).

dan de comer a sus crías con el pico”²⁵. Y la autora añade poco más adelante esta aclaración tan significativa, que sigue apuntando, como el texto precedente, al monopolio de la cultura por parte de los intelectuales (nombre, por otra parte, que Weil encuentra espantoso, aunque piensa que, por eso mismo, quienes lo reciben no merecen otro): “Un sistema social está profundamente enfermo si un campesino trabaja la tierra con el pensamiento de que, si es campesino, es porque no era lo bastante inteligente como para haber sido maestro de escuela”²⁶. En realidad, piensa Simone Weil, esto es posible porque el deseo de aprender por aprender, las ganas de saber, el deseo de verdad, en definitiva, se han vuelto algo raro, y ahí sitúa el origen de tantos males...

A las citadas formas de desarraigo, hay que añadir la destrucción de las tradiciones de un pueblo (y aquí la autora subraya la importancia que tiene el pasado, convencida de que la destrucción del pasado es uno de los mayores crímenes que se pueden cometer), el trabajo proletario, o la reducción de la cultura a saberes meramente abstractos.

El desarraigo en el mundo obrero es una parte central de la obra de Simone Weil, y en este punto deja la autora salir lo mejor de su espíritu anarquista, reclamando la importancia del auténtico sindicalismo. En las páginas dedicadas a este asunto, Weil presenta todo un plan para reconstruir el mundo obrero tras la guerra, después de haberse detenido en analizar lo que produce dolor en los obreros. Hay que recordar que Simone Weil dedicó un año de su vida a trabajar como obrera en distintos puestos de trabajo, porque quería experimentar en sí misma la vida de una mujer obrera. Cobraba por piezas, ella que no era precisamente habilidosa en lo manual, y vivía exclusivamente del escaso salario obtenido en la fábrica. Fue una experiencia que la marcaría profundamente y que la llevó, en adelante, a considerarse una esclava entre los nuevos esclavos del siglo XX. Quedó persuadida de que hay que evitar a cualquier precio que suceda aquello que denunciaba un papa: que la materia salga ennoblecida de la fábrica, mientras que los obreros resultan envilecidos²⁷.

Entre las propuestas de Simone Weil contra el desarraigo en el mundo obrero, figura sobre todo la de la formación de los obreros, con el fin de que éstos adquieran responsabilidades reales, de manera que dejen de ser proletarios y sean personas que juegan un papel consciente y determinante en la producción; a esta medida vienen a sumarse muchas otras que buscan incrementar el bien moral de los trabajadores, todo un plan que la autora formula de manera detallada: que tengan casa y un pequeño jardín en propiedad, y hasta alguna de las máquinas de los talleres que habrían de sustituir a las grandes fábricas; que la familia pueda participar en las actividades de los talleres, o por lo menos conocerlas; la formación de los jóvenes, la promoción de actividades como el Tour de Francia, tal como entonces tenía lugar, etc. Un plan centrado en la *dignidad del hombre en el trabajo*, algo que Simone Weil considera claramente un valor espiritual.

Pero todo este proyecto, que sería imposible detallar en estas páginas, conlleva asimismo la participación en cierta cultura intelectual por parte de los trabajadores, de manera que éstos logren sentirse cómodos en el mundo del pensamiento, que es terreno propio de cualquier persona que piensa y busca la verdad. “Si nuestra cultura estuviera próxima a la perfección -escribe Weil-, se situaría por encima de las clases sociales. Pero como es mediocre, es en gran medida una cultura de intelectuales burgueses, y de manera particular, después de algún tiempo, una cultura de intelectuales funcionarios”²⁸. Simone Weil introduce aquí la propuesta de un esfuerzo grande de *traducción* -que no de vulgarización- por parte de quienes están más dedicados al mundo del pensamiento, para poder ofrecer estas verdades a los más humildes. Y es que está convencida de que “la verdad ilumina el alma en proporción

²⁵ Simone Weil, *L'enracinement*, op. cit., p. 65.

²⁶ *Ibíd.*

²⁷ Pío XI, en su encíclica *Quadragesimo anno*, proclamada el 15 de mayo de 1921.

²⁸ Simone Weil, *L'enracinement*, op. cit., p. 89.

a la pureza de ésta, y no según ninguna especie de cantidad”²⁹. Hacia esta misión debería estar enfocada la labor de los llamados intelectuales: hacer *sensibles al corazón*, tomando la hermosa expresión de Pascal, las verdades que contiene la cultura; sensibles al corazón de quienes no han tenido la suerte o el privilegio de poder cultivar por sí mismos estas verdades.

Tras dedicar un buen espacio al desarraigo en el mundo rural y a la cuestión del desarraigo geográfico, Simone Weil afronta el tema del arraigo como solución a tantos males que amenazan peligrosamente las sociedades europeas. Y trata de arrojar luz sobre unas “condiciones de existencia” que vienen a ser mediaciones (*metaxu*) que posibiliten una realidad social donde se pueda vivir esta relación fundamental entre la necesidad y el bien, que es la idea de fondo de este ensayo sobre el arraigo. Se trataría, en definitiva, de construir una civilización con ciertos valores, pero que primero asiente sus fundamentos en “un interés apasionado por los seres humanos, quienes quiera que sean, y por sus almas”, en “la capacidad de ponerse en el lugar del otro y de prestar atención a los signos de los pensamientos no expresados”, en “cierto sentido intuitivo de la historia que se está cumpliendo”³⁰. Una civilización así sólo puede ser posible henchida de *espiritualidad*, que vendría a traducir ese amor por la verdad, o, para decirlo con más propiedad, amor por la realidad, pues la verdad no es un objeto, sino “el fulgor de la realidad”³¹. Y es que, como escribe Simone Weil, “en el plano de los acontecimientos, la noción de conformidad con la voluntad de Dios es idéntica a la noción de realidad”³². De manera que todo viene a resolverse en una necesidad de atención a los designios divinos y al misterio de esta presencia/ausencia de Dios en el mundo; y, en el fondo, a la autenticidad de la experiencia religiosa, esa dimensión que todo hombre guarda en sus adentros. “Cuanto más lejos está el lenguaje humano de la Belleza divina -afirma Simone Weil-, más alejadas quedan de la verdad las facultades sensibles e intelectuales de los hombres, y más se alejan de la justicia las necesidades de la vida social”³³.

Cuatro grandes inconvenientes impiden, sin embargo, que este proyecto se lleve a cabo: nuestra falsa concepción de la *grandeza*, la degradación del sentimiento de justicia, la idolatría del dinero, y la ausencia de verdadera inspiración religiosa. A su análisis dedica Simone Weil las últimas páginas de *L'ennracinement*, que quedan, como se ha indicado, inconclusas, aunque abarrotadas de reflexiones hermosas sobre la religión, la política, la ciencia o la cultura, muchas de ellas sorprendentes, en verdad.

Tratando de sintetizar lo expuesto, pueden destacarse las siguientes líneas esenciales de pensamiento en este trabajo extenso e inconcluso de Simone Weil sobre el arraigo o la necesidad que tiene el hombre de echar raíces:

- Cada hombre alberga en sí mismo un deseo profundo de bien absoluto, que pone de manifiesto lo que de sagrado hay en su persona. Viene así a fundar la autora una auténtica *filosofía de la dignidad humana*, que difiere tanto del formalismo kantiano como de las declaraciones abstractas de los derechos humanos.³⁴
- Es necesario construir una *espiritualidad y una civilización del trabajo*, basadas ambas en la estrecha relación que existe entre la necesidad y el bien, relación que preside toda la obra, y de la que la espiritualidad y la civilización del trabajo no serían sino lógica consecuencia.

²⁹ *Ibíd.*, p. 90.

³⁰ *Ibíd.*, p. 252. En realidad, estas consideraciones las escribe refiriéndose a cómo deben ser los dirigentes de la resistencia, pero el espíritu de las mismas se hace extensivo al tipo de hombre que habrá de construir la civilización que surja tras la guerra.

³¹ *Ibíd.*, p. 319.

³² *Ibíd.*, p. 340.

³³ *Ibíd.*, p. 275.

³⁴ Véase E. Gabellieri, *Simone Weil*, Ellipses, París, 2001, p. 25.

- No ha de concebirse la política como una “técnica del poder” sino como *arte inspirado y creativo*, que, como cualquier actividad humana, participa de la propiedad de estar orientada hacia el bien; por vivificar esta propiedad en lo político se tendrá que velar permanentemente.
- La religión es, verdaderamente, una instancia superior que se sitúa muy por encima de la filosofía y de la política, de manera que toda acción personal -pero también toda acción social- puedan considerarse como “un puente hacia Dios”.³⁵

Tras estas reflexiones, ofrecidas por una mujer que vivió en el fecundo, y al mismo tiempo devastador, período de la Europa de entreguerras, buscó la verdad con desazón hasta entregar su vida por ella, y anduvo siempre inquieta por la suerte de los desgraciados y de los últimos olvidados de este mundo, ponemos como cierre del artículo estas palabras del actual papa, Benedicto XVI, que se preguntan también por nuestra Europa presente, e instan a mirar al Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo. E invitan a tomar muy en serio la actual crisis de Europa. Muy probablemente, las haría suyas la autora de *L'enracinement*:

“Lo que más necesitamos en este momento de la historia son individuos que, a través de una fe iluminada y vivida, presenten a Dios en este mundo como una realidad creíble. El testimonio negativo de cristianos que hablaban de Dios mientras vivían de espaldas a él ha oscurecido la imagen de Dios y ha abierto las puertas a la increencia. Necesitamos hombres que tengan su mirada dirigida a Dios para aprender de él el verdadero humanismo.

Necesitamos hombres cuya mente esté iluminada por la luz de Dios y a los que el propio Dios abra el corazón para que su inteligencia pueda hablar a la inteligencia de los otros y su corazón pueda abrirse a los demás. Sólo a través de hombres tocados por Dios, puede el propio Dios volver a habitar entre nosotros”.³⁶

³⁵ Simone Weil. *Oeuvres complètes*, VI, 1, p. 176.

³⁶ Joseph Ratzinger, op. cit., pp. 47-48.

LAS NECESIDADES DEL ALMA, SEGÚN SIMONE WEIL

En 1943, Simone Weil se encontraba en Londres, adonde había llegado a finales del año anterior, procedente de Nueva York, para trabajar en los servicios de *Francia Libre*, la resistencia francesa, que se preparaba para constituir un gobierno democrático en Francia cuando acabase aquella guerra espantosa. El proyecto de fundación de un grupo de enfermeras que actuarían en el frente de guerra socorriendo a caídos de ambos bandos, que Simone Weil ya había concebido en Francia, antes de partir hacia los Estados Unidos, y que había expuesto ante diversas personalidades influyentes para que pudiese ser llevado a cabo, no pasó de ser un proyecto, y Simone se encontraba algo desesperada, constatando que bien poco podía hacer ella -y menos aún le dejaban hacer- por su patria y por aquella Europa desolada.

En Londres, el Consejo Nacional de la Resistencia encomienda a Simone Weil la puesta por escrito de sus reflexiones sobre la futura reconstrucción de Francia, pues aunque ella pretendía *combatir* en la guerra, y hasta exigía que la lanzasen a terreno francés en un paracaídas para poder servir en su patria, sus compañeros no eran ajenos al riesgo de semejante misión, ni a los problemas de salud de Simone, y habría sido una locura enviarla a Francia en aquellas condiciones. Pero en la resistencia sabían de la inteligencia y del espíritu lúcido de esta mujer -que cumplía 34 años a primeros de febrero-, y por eso la contratan como redactora, para que deje por escrito su visión de lo que tendría que ser la nueva Francia tras la experiencia terrible de la guerra. Simone Weil, que se sentía en Londres como una desertora, ante la imposibilidad de volver a Francia, acepta este trabajo de poner por escrito su pensamiento sobre estas cuestiones, y lo emprende con la misma atención y con la misma sed de verdad con que lo afrontaba todo en la vida. Fue así como nació *L'Enracinement* (el *arraigo*, o, como ha sido publicado en español, *Echar raíces*), un libro que Simone Weil escribió en el despacho que el Consejo General de la Resistencia habilitó para ella en Londres, y que quedaría inacabado, a pesar de que fue redactado casi sin interrupción, con gran urgencia, por la cantidad de ideas que se amontonaban en los adentros de su autora, convencida como estaba de que debía ponerlas por escrito. Aunque es posible también que esta prisa quisiera responder a algún barrunto de la autora, a quien le quedaban sólo unos meses de vida.

L'Enracinement lleva como subtítulo “Preludio para una declaración de los deberes hacia el ser humano”. Y su primera parte trata de las necesidades del alma. “La noción de obligación -escribe Simone Weil en esta primera parte del libro- está por encima de la de derecho, la cual le está subordinada y es relativa a ella. Un derecho no es eficaz por sí mismo, sino sólo por la obligación a la que corresponde; el cumplimiento efectivo de un derecho proviene, no de quien lo posee, sino de los demás hombres, que se reconocen obligados en algo hacia él [el portador del derecho]”³⁷. Sigue diciendo Simone Weil: “Un hombre, considerado en sí mismo, sólo tiene deberes, entre los que se encuentran ciertos deberes hacia sí mismo. Los demás hombres, considerados desde el punto de vista del primero, sólo tienen derechos. Él, a su vez, tiene derechos cuando es considerado desde el punto de vista de los demás, quienes se reconocen obligados hacia él”.

Una lúcida, y puede que desconcertante, visión de las cosas, si consideramos las nociones de derecho y obligación, tal como son tomadas en cuenta hoy, cuando se subraya con preeminencia la primera y se deja la segunda para la llamada “letra pequeña”. Simone Weil va a dar la vuelta a estas nociones, con una claridad que impacta, y más si no se pierde de vista el contexto en el que reflexionaba sobre estos temas, teniendo presente la responsabilidad de colaborar en la reconstrucción de las democracias europeas.

³⁷ Estas son las primeras palabras de *L'Enracinement*. Véase Simone Weil, *L'Enracinement*, en *Oeuvres*, Coll. Quarto, Gallimard, Paris, 1999, p. 1027. Hay edición en castellano: *Echar raíces*, Trotta, Madrid, 1996.

En la argumentación de Simone Weil, la noción de *obligación* se presenta como contraria a las nociones de *constreñimiento*, *imposición* o *sujeción*, con las que se confunde muy a menudo cuando se deja de considerar el matiz de fuerza exterior que estas nociones encierran, frente al matiz de interioridad que conlleva la noción de *obligación*. Si designan aquéllas una necesidad natural o de hecho, la *obligación* se refiere claramente a una necesidad de derecho, moral o política; y referida a esta idea de derecho, por encima de ella si se consideran jerárquicamente las dos, es como aparece la noción de *obligación* en las páginas de *L'Enracinement*.

El concepto de *derecho* viene a designar el conjunto de ventajas y garantías que el individuo puede exigir a la sociedad a la que pertenece. Se trata de una noción heredada, en buena parte, de la filosofía de la Ilustración, donde está muy presente la idea de esforzarse por construir una sociedad en la que cada persona pueda reivindicar lo que le corresponde como individuo y como ciudadano. De ahí, la idea de derecho que aparece como fundamento en la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, de 1789. Pero, como se ha indicado, *L'Enracinement* se acompaña de un subtítulo: “Preludio para una declaración de los deberes hacia el ser humano”. Y, con esto, Simone Weil da un vuelco a la visión anterior -donde prevalecía el derecho sobre el deber-, para subrayar la importancia de la *obligación*, al ponerla precisamente como fundamento de su concepción del tema que nos ocupa. La primera razón que la autora da sobre esta concepción suya del deber y de la obligación no es espiritual o política, sino meramente conceptual, como se ha podido detectar ya en las primeras palabras de *L'Enracinement* citadas más arriba: “La noción de obligación está por encima de la de derecho, la cual le está subordinada y es relativa a ella”. Para que yo tenga derechos, viene a decir la autora, es preciso que alguien me los reconozca, que es lo mismo que afirmar que es preciso que alguien reconozca que tiene obligaciones para conmigo. Vistas así las cosas, resulta que el concepto de derecho queda, en cierto modo, vacío, o, cuando menos, desprovisto de autonomía conceptual, porque su sentido y su realidad dependen del concepto de obligación; de la misma manera que no se entiende el concepto de tangente si no es en relación con los de circunferencia o círculo³⁸. Por eso piensa Simone Weil que es absurdo erigir el concepto de derecho como si se tratase una noción absoluta, pues absoluto sería si contuviese en sí su propia razón de ser; pero el concepto de derecho no deja de estar en función del de obligación, ya que existe con relación a él y de él depende. El concepto de *obligación*, sin embargo, sí es un concepto absoluto, en el sentido de que para darse no necesita más que de sí mismo: cuando me reconozco obligado hacia un ser humano, lo estoy, incluso si no siento que dicho ser humano tenga obligaciones hacia mí, y hasta cuando él no sea consciente de tener derecho alguno. Porque la obligación existe incluso en la soledad del sujeto, mientras que se precisan al menos dos sujetos para poder hablar de derechos. En cualquier caso, el derecho que reivindico envuelve siempre esta condición necesaria de que el otro se sepa obligado frente a mí. Ahí está lo central del pensamiento de la autora.

Simone Weil destaca, pues, esta confusión en el lenguaje sobre derechos y obligaciones, y se detiene en la noción de obligación como vínculo fundamental que sólo a los seres humanos puede ligar, hasta el punto de afirmar que “el objeto de la obligación, en el dominio de lo humano, es siempre el ser humano como tal”³⁹. Pero la autora va más allá, porque encuentra en la noción de obligación un fondo de eternidad que sólo en el destino eterno del ser humano puede tener su anclaje; sólo el hombre tiene un destino eterno, dirá Simone Weil, algo que ni siquiera las colectividades pueden tener, y por eso no existen obligaciones directas de carácter eterno hacia los grupos humanos. “Sólo es eterno el deber hacia el ser humano como tal”, escribe⁴⁰. E insiste en el carácter incondicionado de la obligación, así como en el hecho de que ésta está fundada sobre algo que no pertenece a

³⁸ Véase la edición de *Les Besoins de l'âme* de Martín Steffens, Folioplus philosophie, Paris, 2007, pp. 65-66.

³⁹ *Ibid.*, p. 10

⁴⁰ *Ibid.*, p. 9.

nuestro mundo. Por su destino eterno, cada hombre tiene una obligación esencial hacia los demás hombres: les debe respeto. Y este respeto se expresa, ante todo, en la primera obligación hacia el ser humano que desde siempre ha asumido la humanidad: ya en el antiguo Egipto se creía que un alma no podía quedar justificada después de la muerte si no había podido decir al final: “A nadie he dejado sufrir el hambre”. Así, “es una obligación eterna hacia el ser humano no dejar pasar hambre a un semejante cuando se tiene la ocasión de socorrerlo”⁴¹. Llegados a este punto, no es posible pasar por alto la realidad de la humanidad hoy, cuando la palabra “solidaridad” parece caerse de la boca de tantas personas y de muchos dirigentes políticos de los llamados países ricos, mientras se cuentan por millones los seres humanos que pasan hambre; sabido es que bastaría con los alimentos producidos en occidente para que todas las personas del mundo tuvieran comida. ¿Se ha olvidado la humanidad presente de esta primera obligación hacia el ser humano?

Esta obligación primordial es la que sirve de modelo a Simone Weil para enumerar la lista de obligaciones hacia el ser humano, que se corresponde perfectamente con la lista de necesidades vitales del hombre, equiparables, por esenciales, a la necesidad de alimento, a la necesidad vital de no pasar hambre. Y la autora de *l'Enracinement* denomina a esas necesidades *necesidades del alma*. Si estas necesidades no son satisfechas, el hombre va cayendo en un estado más o menos parecido al de la muerte, como si se fuera introduciendo por estas carencias en una especie de vida vegetativa. Y como el orden social y el orden espiritual piden, según la autora, ser analizados conjuntamente, sólo un régimen que contemple las necesidades del alma puede convenir verdaderamente a los seres humanos. Este es el núcleo de la reflexión de *L'Enracinement* y en él reposa lo principal del pensamiento político de Simone Weil.

Pero, ¿por qué *necesidades del alma*? Porque es esencial para Simone Weil el hondo amor al bien que albergamos las personas en nuestros adentros, y este profundo amor al bien, que nos es connatural, no es otra cosa que nuestra alma, en su esencia más verdadera; y no deja de ser un misterio y un milagro, porque supone también la capacidad que toda persona tiene para renunciar a sí misma en favor de otro, para dejarle ser al otro, para favorecer su propia vida. Hay en todo hombre un fondo sagrado que es preciso preservar y cultivar, y que está ligado de raíz a algo que está por encima de este mundo. Este tesoro es lo más rico y dinámico de la persona, y es lo que lleva a ésta a renunciar a la fuerza, aun cuando esta potestad la haya adquirido, como se dice vulgarmente, con todas las de la ley... En realidad, para la autora, se trata de imitar a Dios cuando, al crear, *se retira*, y lo hace para que nosotros, criaturas suyas, podamos ser⁴². Pero este ser nuestro no puede consistir sino en la renuncia, a imitación del Creador, a ejercitar la fuerza, sin que esta contradicción entre el ser y el no-ser sea ningún obstáculo; bien al contrario.

Ejercitando la *atención* es como llega Simone Weil a desentrañar estas *necesidades del alma*, y para ello le da la vuelta a la Declaración Universal de los Derechos del Hombre. El derecho, al ser condicionado y relativo, no puede ser el punto de partida. Sólo la obligación es incondicionada. Los hombres de 1789 no reconocían la necesidad de tal dominio por falta de visión -viene a decir la autora-, y por eso cayeron en una contradicción al erigir el derecho como algo absoluto. La obligación, sin embargo, “responde al destino eterno del ser humano”⁴³, es su verdadera manifestación en nuestro mundo. Y partiendo de la primordial necesidad de saciar el hambre, llega Weil a enumerar las *necesidades del alma* como hambre misma de *orden*, de *libertad*, de *obediencia*, de *responsabilidad*, de *igualdad*, de *jerarquía*, de *honor*, de *castigo*, de *libertad de opinión*, de *seguridad*, de *riesgo* y de *verdad*; a las que hay

⁴¹ *Ibíd.*, p. 11.

⁴² Simone Weil se refiere de diversos modos, en su obra, a la *descreación*. Este es un concepto muy principal y original de su pensamiento, un pensamiento, por cierto, que ella no sistematizó jamás.

⁴³ *Les besoins de l'âme*, cit., p. 9.

que añadir tanto la *propiedad privada* como la *propiedad colectiva*, situadas en el texto entre el riesgo y la verdad.

El *orden* es la primera de las necesidades del alma, y Simone Weil lo entiende como un tejido de relaciones sociales que permita realizar las obligaciones primordiales antes que las más secundarias, de manera que nunca se anteponga una de éstas a las primeras y principales. Se trata de organizar las obligaciones, de ordenarlas por prioridades, favoreciendo las esenciales, por encima de todo.

La *libertad* es un alimento indispensable para el alma. Consiste en la posibilidad real de elegir, aunque es sabido que donde hay vida en común estas posibilidades quedarán limitadas por normas. Pero lo esencial es que dichas normas emanen de una autoridad reconocida por todos como propia, y que sean estables y lo bastante generales, así como ajustadas en número, como para ser asimiladas por el pensamiento, de forma que éste las haga suyas y no tenga que enfrentarse a ellas más que de una vez por todas, y no cada vez que se vea en la obligación de decidir.

La *obediencia* es una “necesidad vital del alma humana”. Tiene dos vertientes: obediencia a reglas establecidas y obediencia a seres humanos. Supone el consentimiento, pero en ningún caso se ha de dar éste por miedo al castigo o por las compensaciones que pudieran sobrevenir; de manera que cuando tenga que darse una verdadera sumisión, ésta no entrañe la mínima sospecha de servilismo. Piensa Simone Weil que quien está privado de obediencia está enfermo. Y que, por otra parte, cuando alguien está de por vida al frente de una organización social (pone el ejemplo del rey de Inglaterra), ha de convertirse en algo así como un símbolo.

La iniciativa y la *responsabilidad*, el sentimiento de ser útil e incluso indispensable, dice Simone Weil, son necesidades vitales del alma humana. Es preciso que cada persona quede implicada en su quehacer cotidiano, de manera que no actúe porque sí, sino a sabiendas de por qué y para qué lo hace; y esto es esencial para el trabajo, y más cuanto más exento parezca estar éste de verdadera responsabilidad.

También la *igualdad* es una necesidad vital del alma humana. Consiste en el reconocimiento público, general y efectivo, expresado a través de las instituciones y de las costumbres, por el que se respeta igualmente a todos los seres humanos, precisamente porque el respeto al ser humano no tiene grados, por mucho que existan inevitables diferencias de hecho entre las personas. La autora se refiere con cautela a la igualdad de posibilidades como debiendo estar sometida a un equilibrio en el que queden compensados movimientos ascendentes y descendentes. Y considera también el papel que se atribuye al dinero en el logro de la igualdad, considerándolo como un verdadero veneno.

La *jerarquía* es la siguiente necesidad vital del alma humana. Cierta veneración, y hasta abnegación, hacia los superiores jerárquicos, es lo que entraña esta necesidad del alma; pero los superiores han de ser considerados en su aspecto simbólico, precisamente por aquello que representan. La verdadera jerarquía, dirá Simone Weil, conlleva el efecto de situar moralmente a cada cual en el lugar que ocupa.

El *honor* es otra de las necesidades vitales del alma. Tiene que ver con la consideración del ser humano dentro de su entorno social; y únicamente el crimen puede desplazar a una persona de esa consideración social que merece.

El *castigo* también constituye una necesidad vital para el alma humana. Entre los diversos castigos, el más indispensable al alma es el que corresponde a la comisión de un crimen. Quien comete un crimen se coloca fuera de las obligaciones eternas que ligan a los hombres, y sólo a través del castigo, si verdaderamente consiente en él, podrá ser reintegrado en esa red de obligaciones de la que su acción criminal le ha sacado. Se refiere aquí la autora a la majestad de la ley, y condena las conspiraciones del poder para lograr la impunidad, como uno de los problemas políticos más relevantes y graves.

La *libertad de opinión*, sin límites ni cortapisas, sin reservas ni restricciones, es una necesidad absoluta para la inteligencia. “Cuando la inteligencia no está a gusto, toda el alma está enferma”, escribe Simone Weil; y diserta en este punto sobre la inteligencia, los intelectuales o la propaganda. Sólo el desarrollo de este capítulo de las necesidades del alma daría para muchos comentarios... Sin libertad para pensar, no hay pensamiento, pero no es menos cierto que si no existe pensamiento alguno aún se restringe más la libertad.

La *seguridad* es una necesidad esencial del alma humana. Significa que, salvo por un concurso excepcional de circunstancias, el alma no puede quedar bajo el imperio del miedo, pues el miedo es una semi-parálisis del alma.

También el *riesgo* es una necesidad esencial del alma; su ausencia provoca una especie de anquilosamiento en el alma, casi tan intenso como la parálisis que produce el miedo. El riesgo es un incentivo necesario, y su carencia enflaquece, tiende a eliminar el valor, dejando al hombre sin protección contra el miedo, replegado sobre sí mismo.

La *propiedad privada* es otra necesidad vital del alma, pues queda ésta como perdida o aislada si no se rodea de algunos objetos que son como una prolongación de los miembros del cuerpo. Para Simone Weil es deseable que las personas sean propietarias de su casa y de algo de tierra alrededor de ella.

La *propiedad colectiva*, como participación en un sentimiento real de pertenencia, se da donde hay una verdadera vida cívica. Y corresponde, no sólo al Estado, sino también a toda especie de colectividad, colaborar a la satisfacción de esta necesidad. La autora deja claro que no existe conexión natural entre la propiedad y el dinero, y que habría que borrar las confusiones que se establecen al respecto, porque el dinero acaba envenenándolo todo.

Por último, la necesidad más sagrada de todas las que tiene el alma humana es la necesidad de *verdad*. Simone Weil fue una buscadora *sistemática* y casi obsesiva de la verdad: la persiguió con toda su alma. Al considerar la verdad como la más sagrada de las necesidades del alma, Weil aboga por la protección de las personas frente a los atentados que se comenten contra la verdad. Y subraya que sin personas que aman realmente la verdad es imposible que un pueblo llegue a satisfacer sus necesidades de verdad.

En este análisis de las *necesidades del alma*, determina Simone Weil aspectos relevantes de su concepción del hombre y de las sociedades, que deben servir de medida a cualquier orden social. A los miembros de esas sociedades, y a quienes en ellas detentan responsabilidades puntuales, corresponde velar para hacer posibles estas condiciones que la autora considera la base de cualquier convivencia respetuosa con la esencia humana.